

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

TODO lo que no es barroquismo es periodismo, asegura un novelista con ocasión de su última obra. Y habría que deducir: Pues entonces, ¡la de buen periodismo que contiene nuestra historia literaria!

La frase -de Caballero Bonald- es sugeridora y polémica, pero en terrenos de investigación sobre el género novelístico, extraños a este comentario. La retuve por el hecho coincidente de mi lectura del momento, un libro que se llama "Periodismo y literatura". Su autor, José Acosta Montoro. Es un tema que me inquieta.

¿Vale la pena el tiempo y el esfuerzo que el escritor dedica a las hojas efímeras del periódico? Dentro de mi vocación literaria -que declaro sin pudor, porque mencionarla no es entrar en autovaloraciones de cómo se ejerce-, la respuesta está clara en la constancia con que acudo a estas y a otras columnas. El libro de Acosta responde, también, a la nada trivial interrogación. A su modo, naturalmente; el propio de un texto (Guadarrama, Punto Omega, Colección Universitaria de Bolsillo) enfocado desde la erudición y la crítica -como se espera de un profesor-, pero sin olvido de la directa comunicación -cualidad del periodista-...

Destaco, con toda subjetividad, el precioso ensayo que como apertura del libro retrae la historia de la comunicación entre los hombres a 800 millones de años antes de la fecha de este periódico que el lector tiene en sus manos. El amplio capítulo que se titula, como el conjunto de la obra, "Periodismo y literatura". Y en el tomo 11, el asunto de los escritores periodistas Unamuno-Azorín-Baroja, donde los grandes críticos de la España finisecular, a veces incensados sin reservas, reciben junto al reconocimiento de sus méritos los reparos que también les son debidos.

Y a propósito de reparos. Uno, mínimo, a la calificación de Acosta sobre periodismo íntimo, ese tan literario y personal que viene a ser una comunicación entre amigos: "Un periodismo de ocaso". Bien sé que no pasa de matiz delgadísimo, pero me gustaría más, a mí, decir que "de serenidad". (Recordemos, a nivel leonés, el que se nos dio largos años sobre la firma de "Tris", o sea, Antonio de Lama). Y necesario, hoy más que nunca. Los periódicos son como poblaciones densas donde el lector marcha empujado -y contaminado- por fragores bélicos, sirenas de ambulancia y de bomberos, nerviosismos bursátiles, codazos municipales y deportivos y hasta

eclesiales... Entonces uno encuentra la columna, el recuadro del "periodismo íntimo", y allí se detiene un poco a recobrar el aliento. Lo que se dice un espacio verde.

LA suave y amorosa facultad de dormir empieza a hacerse problemática con los años. A cierta altura de la cronología personal, ya no duerme quien quiere, sino quien puede. Hay ayudas químicas, naturalmente. Yo prefiero las simples enseñanzas que a cada cual le depara su propia experiencia. Por ejemplo, aceptar la vigilia en santa conformidad, incluso ayudándose con una ligera dosis de ironía. Entonces resulta que también ese mismo tiempo blanco, gratuito, puede aprovecharse.

Por esa convicción, o porque el diablo cuando no sabe qué hacer, con el rabo espanta las moscas, he dedicado la última madrugada a "participar" en serios problemas que me acercaba la radio francesa. Era un consultorio sentimental. Encontré justa, y desgarradora, la preocupación de una dama por su perrita "Priscilla". "Priscilla" es joven, tímida, menuda. Y *caline*, que debemos traducir por dulce y acariciante. Pero, oh desgracia, se pirra por los perros grandes, desproporcionados en el amor. La radio, ese medio de expresión impagable, insustituible (por si mando este articulín a un concurso) acudía en auxilio de la angustiada señora. Pues en la otra punta del coloquio ya estaba un caballero, atento al lance y no por generosidad sino por lícito interés: Él es dueño de "Pilou", un perro afable, comedido en sus pasiones, mas sin caer en perro mariquita, con los papeles sanitarios en orden. Hubo un arreglo rápido, entusiasta. La locutora, con voz también *caline*, felicitaba y se felicitaba así misma, Estaba clareando un día dichoso.

Yo vi que en el fugaz episodio canino se brindaba la simiente para un trabajo filosófico sobre la incomunicación humana, en la evidencia de tantos millones de seres que, a esa misma hora, en todas las partes del mundo, quisieran hacer conexión con sus compañeros ideales y respectivos. Pero no trabajo el ensayo profundo. Y además, me dormí.